

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 50



SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Dos idem, de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.— Dos idem del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabril, y un grabado suelto perteneciente á la primera de estas tres obras. En el número próximo la continuacion de todas ellas.

LA CONDESA MALVINA Y SU COMPLICE.

Hacia el año de 1835 existia en Madrid una marquesa viuda y rica, que era al mismo tiempo un tipo de rara belleza: sus hermosos y rasgados ojos, sus negros cabellos, la perfecta regularidad de sus facciones y su suelto y flexible talle, todo nos daba á conocer en ella una de esas mugeres que tiene el privilegio de crear el sue- lo de España.

Esta linda criatura se llamaba, cuando era jó- ven, Malvina de Céspedes. Habia estado casada con un baron inglés, muy ru- bio, muy taciturno y muy flemático: en los diez años de matrimonio acostum- braba á hablar como dos veces por semana: y todo su tiempo lo empleaba en cazar liebres y conejos, en ponerse y quitarse bo- tines, y en leer á Newton y las noches de Young.

Al cabo de diez años de tan pacífico y monóto- no himeneo, murió el ba- ron, de fastidio y de una indigestion de perdices es- cabechadas. Hiciéronsele magníficos funerales, po- niendo sobre la lápida de su sepulcro que habia sido buen esposo y buen amigo.

No bien envidió la marquesa, cuando se vió por todas partes rodeada de adoradores. Pero uno solo fué el que logró cau- tivarla, que era el conde de Rioflorido, quien en la edad de veinte á treinta años habia sido el primer elegante de la corte, y ya se creia libre de los ata- ques de Cupido, cuando al salir una noche del co- liseo del Principe, quedó prendado de Malvina, á quien vió bajar la escale- ra, llamando la atencion de los mirones que estaban formados en dos filas á uno y otro lado de ella.

Decidióse pues la boda, y á fin de celebrarla, la marquesa viuda solicitó, entre otros documentos, su fé de bautismo en la parroquia donde habia nacido.

Con mucha intranquilidad esperó Malvina este deseado documento. Su futuro lo recibió y lo re- corrió con ese interés que debia inspirarle el

testimonio auténtico del dia en que vino al mun- do su prometida.

—Precioso hallazgo, dijo con grata sonrisa, Me habian dicho, marquesa, que teniais treinta y cinco años. Es una calumnia que se encargan de desmentir vuestros encantos; pero á que este pa- pel contesta de un modo oficial.

La marquesa examinó aquel documento tan fatal á su juventud, y no pudo menos de sorpren- derse alegremente: la partida de bautismo ponía su nacimiento en 1805.

—Aun quisiera, dijo la marquesa para disi- mular su emocion, tener diez años menos.

—¿Para que, si sois aun jóven?

—Para vivir ese tiempo mas á vuestro lado.

Un mes despues se celebraron las bodas, y los esposos volvieron á Madrid, despues de ha- ber pasado algun tiempo en una bellissima casa de campo en Andalucía.

Muy pocos dias despues de volver á la capi- tal, avisaron á la condesa que un jóven como de

rante vuestra ausencia, y se ha retirado siempre muy inquieto y agitado.

—Ese es tal vez, dijo la condesa con desde- ñosa sonrisa, alguna de mis víctimas, que viene á echarme en cara lo que él llamará mi desden y mi inconsecuencia. Lucia, di á ese desgraciado que entre.

Abrióse la puerta y presentóse un jóven de aspecto melancólico, cuyo trage revelaba su es- casa fortuna. Volvióse á cerrar de nuevo; pero Lucia, que en esto de curiosidad estaba al nivel de lo mas elevado de su sexo, se quedó escu- chando la conversacion. De ella, no obstante, solo pudo percibir este diálogo.

—Por Dios, no vaya vd á descubrirme, decia la condesa.

—Pero, señora, si algun dia se pusiese de ma- nifiesto esa equivocacion, ¿cuál seria mi por- venir?

—¿Su porvenir de vd! Yo me encargo de él desde ahora, dijo la condesa.

—¿Es posible, señora?

—Sin duda alguna. Vea- mos. ¿Que sabe usted ha- cer?

—Señora, escribo con buena letra y muy correc- tamente mi idioma. En mis funciones de escribiente solo me he equivocado una vez...

—Está bien, está bien, le replicó la condesa im- paciente. Mañana recibi- rá vd. noticias mías; pero por Dios, no cometa vd. alguna imprudencia.

—No, señora.

—Sobre todo, no decir- selo á nadie.

—Absolutamente á na- die; esté vd. tranquila.

—Que sea un secreto entre los dos.

—Inviolable.

—¡Ah!... ¿Cómo se lla- ma vd. y dónde vive?

—Luis del Valle, en la calle de Embajadores, nú- mero 40.

—Muy bien; señor don Luis, hasta luego: si es vd. prudente y discreto, ten- drá en mí una nueva Pro- videncia.

El jóven se retiró, y en seguida la condesa tiró de la campanilla, y sacan- do de un precioso bolsillo dos onzas de oro, dijo á Lucia:

—Que vaya Juan al ins- tante á llevar este dinero á don Luis del Valle, calle de Embajadores, núm. 40.

Poco despues entró su marido.

—Amigo mio, le dijo su esposa con graciosa son- risa, tengo que pedirte un favor.

—Di pronto, querida mia: tus deseos son man-



Ten la bondad de escribir que yo dictaré.—Pág. 2.

veinte años queria hablarle sobre un asunto muy reservado.

—¿Qué quiere? preguntó la condesa á su ca- marera.

—No lo sé, señora: ha estado mil veces du-

datos para mí.

—Tengo un protegido, á quien quisiera sacar de la humilde posicion en que se encuentra.

—¿Un protegido! querida Malvina. ¿Y quién es? ¿En qué se ocupa?

—Es un pobre muchacho que va á escribir á un despacho parroquial, donde por una peseta diaria copia partidas de bautismos y de matrimonios. Tiene una hermosa letra y alguna capacidad. ¿No podría hacerse algo en su favor?

—¿Y por qué tienes tanto empeño en su colocacion?

—Porque sus padres han sido dependientes de los míos, y conservo cariño á toda la familia.

—Basta, pues, dijo el conde; veré al ministro de Fomento, y estoy seguro de que mañana mismo será empleado tu protegido.

Y en efecto, dos dias despues recibió Luis del Valle el nombramiento de escribiente de dicho ministerio con cuatro mil reales.

Este no fué, sin embargo, mas que el primer paso de los que dió nuestro buen jóven en su rápida carrera de empleado. Gracias al favor de la marquesa, y á que, sea dicho en verdad, no carecia de disposiciones, ascendió dos años despues á auxiliar con doble sueldo; muy luego obtuvo un ascenso en esta misma clase; poco despues llegó á ser oficial efectivo con diez y seis mil, y mas tarde gefe de seccion. Nuestro hombre se acomodaba perfectamente á sus cambios de posicion, á favor de los cuales crecia cada vez mas su ambicion, al paso que todos veian con escándalo sus rápidos ascensos.

Hace algunos años que don Luis del Valle, que no se presentaba en casa del conde sino en dos ó tres reuniones que se solian dar en el invierno, se hizo anunciar á la condesa. Ya no era nuestro Luis aquel jóven pálido y sentimental que antes pintábamos, sino un caballero apuesto y elegante, con todas las condiciones exteriores de un hombre que disfrutaba de comodidad y bienestar.

—¿Qué me trae vd. de bueno, señor don Luis? le dijo conmovida la condesa.

—He querido, señora, tener el gusto de ofrecer á vd. mis respetos.

—Se me figura que trae vd. aire de manifestarme algun deseo.

—En efecto, señora: solo que casi no me atreva á revelárselo á vd.

—Hable vd., hable vd., dijo la condesa inquieta y sobresaltada.

—Pues bien, señora: sepa vd. que soy el único de los gefes de seccion de mi ministerio, y esto es una cosa muy humillante para su protegido de vd.—que no tiene...

—¿Qué?

—¡Una condecoracion! dijo Valle con aire de la mayor humildad.

—Acabáramos, dijo la condesa. Pero no tenga vd. cuidado: el ministro se la dará á vd. en el primer despacho que tenga con la Reina.

La condesa cumplió su palabra, porque á pesar de las arrugas que ya surcaban su frente, era todavía bella, brillaba aun en los salones, y conservaba mucha influencia. Su protegido fué condecorado muy luego con la cruz de Carlos III.

Cualquiera otro se hubiera contentado con tan buena suerte y hubiera dejado de importunar á la persona á quien se la debía; pero nuestro hombre era insaciable, y aun queria seguir explotando la mina que tan pingües beneficios le habia dado en poco tiempo.

Cuatro años despues volvió con este objeto una mañana á casa de la condesa, que estaba en aquel momento en compañía de su esposo. Entonces la Malvina de otro tiempo ya no existia: solo habia alli lo que llamamos una señora respetable en toda la estension de la palabra: los negros cabellos de antaño estaban ya entremezclados con otros blancos; y aunque su talle conservaba toda su elegancia, la fisonomia habia perdido el brillo de la juventud.

—Hola, señor don Luis, dijo al ver entrar á nuestro hombre. ¿Vd. viene á pedirme los réditos de su silencio?

—¡Señora!... dijo el empleado entrecortado.

—Desgraciadamente, amigo, ya se agotaron mis tesoros, y ademas mi marido puede hoy saberlo todo.

—¡Ah! dijo el conde, ¿este caballero es tu protegido, la persona de quien tanto me has hablado, para la que tanto he pedido?

—Si, amigo mio, tú te has sorprendido muchas veces al ver el interés con que te lo recomendaba. Voy á decirte el motivo. El señor era

en su juventud escribiente en un despacho parroquial.

—Me acuerdo perfectamente.

—Pues bien: en el desempeño de sus funciones incurrió en un error grave.

—¿Un error?

—Si: al copiar mi fé de bautismo para nuestro matrimonio, puso 1803 en vez de 1800, y me quitó de una plumada cinco años.

—¿Es posible?

—Si, amigo mio. Yo tenia treinta y cinco años cumplidos cuando nos casamos; pero gracias á la equivocacion del señor, creiste que no tenia mas de treinta. Una debilidad de mi parte hizo que yo consintiese una equivocacion que me lisonjeaba, y este caballero se ha aprovechado admirablemente de ella. Un mismo interés nos unia en este asunto, porque descubierta la equivocacion, el digno sacerdote que habia firmado la partida sin apercibirse de ella, le hubiera hecho pagar caro su error: y he aqui cómo este comun acuerdo ha hecho la suerte del señor don Luis.

—Chistoso lance en verdad, dijo el conde.

—Pero ahora, prosiguió la condesa sonriendo y dirigiendo la palabra á Valle, cinco años mas ó menos no me importan nada: hágame usted, pues, el obsequio de borrar hasta las huellas de esta larga y sostenida mentira.

—¿Cómo, señora?

—Corrigiendo el número y salvando la enmienda, pues todo está escrito de su letra.

Así lo hizo sin demora don Luis del Valle.

—Convenid, amigo mio, le dijo la condesa, en que soy una buena cómplice. Pero basta ya de lo pasado. Este último servicio que acabais de prestarme es mayor todavía que el otro, pues en él se rinde homenaje á la verdad; y quiero recompensároslo como merece. Mañana tendreis en vuestro poder el diploma de comendador de Carlos III.

—Señora, señora, dijo don Luis besando su mano con respetuoso afecto, ¡cuánta bondad!

El conde, que en el primer momento estaba dispuesto á enojarse por lo que oyó, se dejó seducir poco á poco por la graciosa y discreta manera como conducía su muger este asunto. Ella por lo pronto acababa de imponerle la obligacion de pedir una nueva gracia al ministro, y esto fué lo que despues de retirarse don Luis hizo presente á su muger.

—No, amigo mio, le dijo: recordando esta deuda tenia pedida al ministro de Estado la condecoracion ofrecida, y me habia prometido dármela en el acto que se la reclamase. Ten la bondad de ponerle dos letras que yo te dictaré, y es un asunto concluido.

El conde obedeció y escribió al ministro en los términos que Malvina deseaba; pero al terminar la carta no pudo menos de esclamar:

—¡Una cruz de comendador por enmendar una fecha!

—Una cruz por decir la verdad, repuso con viveza su esposa. Ojalá se dieran todas por tan honrosos motivos. Y luego, amigo mio, confesad que hay aqui de mi parte algo que merece elogio. Yo soy la única muger en el mundo que ha recompensado con largueza al que la hace mas vieja.

El conde se sonrió, accediendo á todo, y la condesa remitió dos dias despues á su antiguo protegido una preciosa cruz de comendador de Carlos III. Don Luis vino á darle las gracias lleno de confusion y de reconocimiento. Desde entonces frecuentó mas y mas cada dia la casa, y ha sido en todas circunstancias el mejor y mas cordial amigo de los esposos.

LA ELECTRO-BIOLOGIA.

Los Estados Unidos se preocupan mucho en este momento de una nueva ciencia que lleva el nombre de electro-biología. No es enteramente una ciencia nueva: mejor convendría llamarla una nueva aplicacion del poder de los fluidos mal definidos hasta ahora. La electro-biología obtiene resultados tan curiosos, que podrán muy bien antes de poco poner en revolucion, no diremos á las academias, porque es propio de la digni-

dad de estas el no asombrarse de nada, sino á todos los salones y tertulias donde ofrecerá una série de fenómenos mas indisputables que los de las mesas movibles que tanta sensacion causaron hace dos años en toda Europa y en nuestra España, donde todo el mundo se dedicaba á hacer bailar las mesas, sillas y sombreros, formando la cadena magnética.

Pocas personas hay en América que no estén al corriente del nuevo descubrimiento, pero aqui nadie se ha ocupado aun de él, y nosotros vamos á explicarlo, no científicamente, porque esto sería superior á nuestras fuerzas, sino de una manera sencilla al alcance de toda clase de lectores.

La electro-biología es la observacion de los fenómenos que se manifiestan en el organismo humano sometido á la accion simultánea y combinada de la electricidad mineral y de la electricidad animal. La asociacion de estas dos fuerzas produce efectos magnéticos muy interesantes.

Los medios que se emplean para obtener el resultado son de la mayor sencillez y al alcance de todo observador deseoso de conocerlos.

Colócase á la persona destinada á ser magnetizada en una silla cómoda, se le pone en la mano un disco compuesto de cobre y de zinck: se le encarga que fije su atencion sobre el disco y que aparte de su imaginacion toda preocupacion viva, estraña al experimento. Este trabajo de concentracion debe durar de quince á veinte minutos. Preparada así la persona, la sensibilidad magnética se desarrolla en ella en el mas alto grado. Entonces se acerca el magnetizador y la toca con una varita de metal, y por la sola accion de la voluntad se hace dueño de los nervios que dirigen tal ó cual movimiento de la persona. Así el operador dice: cerrad los ojos: la persona obedece. Se le toca con la varita y se le dice: abrid los ojos. Imposible: la voluntad del experimentador se ha sustituido á la de la persona: cualquiera que sean los esfuerzos que ésta haga, no llegará á abrir los ojos en tanto que la varita tiránica no haya dado una orden contraria á la primera: y es bueno advertir, que semejante resultado se obtiene sin sueño y sin ningun pase preparatorio magnético.

Otro ejemplo: el que tiene la varita manda á una persona que tartamudee: ya no puede articular con limpieza una palabra. Si le manda que cojee, que esté muda, que esté sorda, obedecerá con la misma infalibilidad, si es sensible á la electro-biología, porque es menester advertir que no todo el mundo es igualmente á propósito para experimentar sus efectos. El magnetizador coloca la varita sobre el órgano de la benevolencia, inmediatamente el rostro de la persona toma la mas afable expresion: se dulcifican sus miradas, embellece sus facciones una ligera sonrisa: manifiesta de la manera mas elocuente por su fisonomia el sentimiento de benevolencia que acababan de sobreescitar en ella. Toca la varita sucesivamente los órganos del orgullo, la veneracion, la cólera, y se ve alternativamente convertirse aquella misma fisonomia en altiva, admiradora y furiosa.

El doctor X... médico de grande inteligencia, ha tomado de la observacion de los fenómenos que pueden llamarse frenológico-magnéticos, la idea de servirse de ellos para ejercer una saludable influencia sobre la organizacion moral del hombre. Se ha inventado recientemente en Nueva York, un instrumento con cuyo auxilio se obtiene una exacta topografia del cráneo humano, y que da la suma relativa de las fuerzas de cada facultad con una precision matemática. Así, por ejemplo, tomando por número entero la cifra 20; el instrumento puesto en juego preguntado sobre las tres protuberancias: de la benevolencia, de la música y del orgullo dará, su-pongamos:

Benevolencia.	40
Música.	45
Orgullo.	5

Se podrá afirmar que el individuo sometido al exámen, podría ser muy buen músico, y que tiene un tercio de benevolencia menos, y dos tercios de orgullo menos que de disposicion á la música.

Así, pues; puede establecerse exactamente el

balance de las fuerzas intelectuales y afectivas de cada uno.

En lo sucesivo los hipócritas no tendrán mas que un recurso, el de llevar peluca!...

El maravilloso y sagaz instrumento del doctor americano, ha encontrado grande y mucha oposicion. Desde su aparicion ha tenido, como todas las cosas nuevas, sus partidarios y sus detractores; pero estos en muchísimo mas número que aquellos. Ha habido debates animados y discusiones violentas; pero todo quedó aplacado por la propuesta hecha por el doctor de someter el instrumento á pruebas públicas hechas sobre personas elegidas por un comité de incrédulos. Aceptada la mocion con entusiasmo, se abrieron en los dos campos apuestas en pro y en contra del instrumento. Cuentan que las apuestas subieron á la enorme suma de setenta mil dollars, ó sea un millon y cuatrocientos mil reales.

En el día señalado, el doctor, aunque muy conñado en su triunfo, aguardaba con cierta emocion á las gentes. Los apostadores arriesgaban su dinero en el experimento: él jugaba y esponsia su reputacion y toda la gloria de su porvenir. Hallábase, pues, cuidadoso el doctor. Miró al reloj, marcaba las doce: la cita era para la una, tenia aun tiempo de visitar minuciosamente su instrumento y de asegurarse de que todas las partes de él estaban corrientes. Sacólo de su estuche forrado de terciopelo y púsose á examinarlo detenidamente.

En aquel momento paróse á su puerta un magnífico carruaje. Tiraron violentamente de la campanilla, y el doctor oyó pronunciar su nombre.

—Preguntan por tí, vino á decirle la muger del doctor.

—¿Quién?

—Lo ignoro. Un lacayo con gran librea.

—¡Con librea! dijo sorprendido el doctor. (En los Estados Unidos está prohibido el uso de las libreas, por ser contrario al sentimiento democrático de la gran república). ¿Quién puede ser? no importa, no puedo recibir hoy á nadie.

—¿Qué le digo?

* —Lo que tú quieras. Que estoy fuera, ocupado, enfermo, da la excusa que te parezca.

—Es algun rico inglés, sin duda, replicó la muger, y vas á perder ese parroquiano

—Tienes razon, apunta el nombre de ese extranjero.

Salió la muger del doctor.

Un momento despues volvió á entrar.

—Es el lord S... dijo llena de gozo.

Lord S... es un inglés cinco ó seis veces millonario, conocido por su activa simpatia por todos los descubrimientos nuevos. Hace algunos meses visitaba los Estados Unidos por diversion, dejando por todas partes recuerdos de su magnífica é ilustrada proteccion.

—¡Diablo! el lord S... dijo indeciso el doctor; si no estuviese aguardando la comision...

—La comision no viene sino dentro de una hora, apenas son las doce y cuarto, respondió la muger, recíbele.

—Sí, tal vez es un favor del cielo, exclamó el doctor: voy á suplicar al lord S... que asista á mi experimento.

Un momento despues vió entrar el doctor á un hombre un poco grueso, colorado, que cojeaba muchísimo apoyándose en los brazos de dos lacayos con libreas llenas de galones de oro, que como respetuosos autómatas le prestaban el servicio de ayudar á una de sus piernas, casi enteramente paralizada.

—¿Sois vos el doctor X...? dijo el lord S... al entrar.

—Sí, milord.

—Habeis hecho, segun me han dicho, un maravilloso instrumento.

—Escelente al menos, respondió modestamente el doctor.

—¿Queréis hacérmelo ver?

—Al instante, milord.

El doctor enseñó su instrumento á lord S... explicándole detenidamente su mecanismo tan sencillo como ingenioso.

—Es admirable, dijo lord S... ¿pero estais seguro de no engañaros jamás?

—Perfectamente seguro, y si milord me hace el honor de asistir á los experimentos que van á hacerse aqui hoy mismo, quedará convencido.

—Quisiera mas, replicó lord S...

—¿El qué?

—Que hiciéseis el experimento en mí mismo.

—¿Querria su señoria tomarse esa incomodidad?...

—Si, os entrego mi cabeza. Vos no me conocéis, yo me conozco á mí mismo mejor que nadie, yo veré bien si vuestro instrumento comete ó no errores.

—Acepto de muy buena gana, respondió el doctor, solamente que hoy no puedo hacer esta prueba. Aguardo los miembros del comité elegido para juzgarme, hay, milord, comprometidas varias apuestas.

—Enormes, lo sé. pero no son mas que las doce y media, teneis media hora, no es bastante?

—Sí, milord... sin embargo.

—Hoy ó nunca, dijo bastante bruscamente el lord S... hoy estoy seguro: os cojo desprevenido: mañana habreis podido enteraros de mi carácter: vuestras respuestas no tendrán para mí el mismo valor.

Comprendió el doctor la fuerza de la objecion: no queria enagenarse la benevolencia del poderoso lord. Tomó en su mano su instrumento.

—¿Quién escribirá las notas? preguntó.

—Uno de mis criados, John: es muy atento John; venid aqui y escribid lo que os dicten.

John se habia mantenido separado con su camarada al extremo de la habitacion en que pasaba esta entrevista: acercóse á la orden de su amo.

Comenzó el experimento. El órgano de la benevolencia, situado como se sabe en la parte media superior de la frente, dió una cifra muy baja que asombró al doctor. Las facultades puramente intelectuales se encontraron muy medianas. Al cabo de un momento el doctor lanzó una exclamacion.

—¿Qué es eso? dijo lord S...

—Milord, teneis lo que llamamos la *adquisibilidad*, es decir, el deseo de adquirir, de apropiarse las cosas, singularmente, y aun diré extraordinariamente desarrollado.

Sonrióse milord,

—No va mal, doctor. Me gusta, en efecto, adquirir: juego mucho á la bolsa, añadió: continuad.

El doctor siguió su exámen, y cada vez parecia mas atento á los resultados de su exploracion. Dictaba á John cifras delante de las cuales no decia las palabras correspondientes á ellas. De repente dió un grito de sorpresa y se detuvo.

—¿Qué teneis? dijo milord.

Permaneció silencioso el doctor, y cogiendo su instrumento lo guardó en su estuche sin hablar una palabra.

—¿Se ha concluido? preguntó milord S... ¿la geografia de mi cráneo qué dice? ¿se ha concluido? repitió.

—No enteramente, milord; pero no podré continuar.

—¿Por qué?

—Está descompuesto mi instrumento, me da resultados evidentemente falsos.

—¡Diablo! mal habeis salido en este punto: ¡mal agüero! sin embargo, decidme qué significan todos esos números que habeis hecho poner en línea á John.

—Dispensadme, por hoy temo haber cometido muchos errores.

—Esplicadme todos esos garabatos, luego los rectificaremos si hay lugar á ello.

—¿Os empeñais, milord? Debo deciros que el exámen de vuestra cabeza me pone en la mas completa estupefaccion, encuentro á la vez en ella órganos de tal modo desarrollados y tan extrañas lagunas, las de la conciencia entre otras, que si no supiese á quien tengo el honor de hablar, creeria haber examinado la cabeza del mas gran...

Vacilaba el doctor, titubeaba.

—Del mas gran, ¿qué?

—Pues bien, del mas gran ladron que puede hallarse en el mundo.

—¡Oh! dijo milord.

En aquel momento oyóse un gran palmoteo de aplausos en la habitacion inmediata, y levantando una coriina los miembros de la comision del experimento hicieron una irupcion en la galeria del doctor.

—Teneis razon, sois un grande hombre, le gritaban á la vez todos sus amigos.

—¿Qué me queréis? ¿Qué hay? dijo aturdido el doctor.

—Hay, dijo uno de ellos, señalando á milord S... que este hombre es Walter D... el mas famoso ladron de los Estados de la Union, al que hemos hecho representar el papel de un gran señor para prepararos una buena prueba.

—¿Cómo! ¿de veras es un ladron? replicó el doctor, confuso y asombrado él mismo de su triunfo.

—Si, y pueden certificaros del hecho sus dos carceleros aqui presentes, disfrazados de lacayos para ayudarnos en nuestro plan sin abandonar la vigilancia de ese prisionero.

—En efecto, dijo John, plantando su mano sin cumplido alguno sobre milord ayudado de su compañero, y ahora vamos á volverle á la cárcel de la ciudad.

Llevaronse á Walter D...

Los amigos del doctor ganaron los setenta mil dollars, y todo el mundo se rió y celebró mucho la aventura, aun los que habian perdido su dinero, encantados de haber adquirido una conviccion preciosa para todo americano: la conviccion de un importante paso y del progreso hecho en el camino de la ciencia positiva.

MISCELANEA.

INVENCION DE LA PÓLVORA. Se dice comunmente de un hombre que no tiene talento: ese no ha inventado la pólvora.

El que ha inventado la pólvora tenia tal vez talento, pero no se ha servido de él para su descubrimiento. La invencion de la pólvora, como tantas otras muchas que han hecho ruido en el mundo, es debida á la casualidad.

Un monge, bastante poco conocido, Bertcholdo Schwartz, natural de Friburgo, hácia la mitad del siglo XIV, estando machacando en un mortero una mezcla de carbon, azufre y salitre dejó caer en él una chispa que produjo inmediatamente una violenta explosion. Este monge era un hombre muy estudioso, y para aquellos tiempos un hábil químico. Estudió, hizo ensayos, y en poco tiempo estuvo en estado de fabricar verdadera pólvora de cañon. Segun algunos historialores, los venecianos se sirvieron ya de ella en 1380. Desde aquel momento se trasformó el arte de la guerra. Desapareció del mundo el tipo del caballero. Fué reemplazado por la bala de cañon.

La ciudad de Friburgo acaba recientemente de construir una fuente monumental adornada de inscripciones conmemorativas, y en cuya cúspide ha levantado una estatua á Bertcholdo Schwartz. Se puede erigir una estatua á la gloria del químico; pero séanos al menos permitido decir, que el inventor de la pólvora no tiene derecho á ser contado entre los bienhechores de la humanidad.

INVENCION DE LOS MOSQUETES. Las armas de fuego portátiles, han sido empleadas en Asia por los musulmanes mucho tiempo antes que lo hubiesen sido por los europeos. La Brosnigier, que hizo un viage á Tierra Santa á mediados del siglo XV, dice que habia visto en Damasco pequeños arcabuces que se disparaban los dias de gran fiesta.

En Europa los primeros que usaron los mosquetes fueron los españoles en 1521. Estas armas eran muy pesadas, muy lentas para cargarse, y no podian servirse de ellas sino poniéndolas sobre una especie de cureña. En campaña los soldados llevaban ordinariamente las municiones, y los quintos ó bisonos llevaban el mosquete. Poco á poco este fusil primitivo, este fusil de mecha, se fué aligerando hasta llegar á la perfeccion que hoy tienen los fusiles. Pero en Inglaterra, en tiempo de Carlos I, se empleaban aun los arcabuces y se colocaban sobre piquetas.

COSTUMBRES CHINAS.

EL CASAMIENTO.

Vamos á dar á conocer á los lectores del OMNIBUS las ceremonias y costumbres del matrimonio en China. Existen dos clases de matrimonio, el primero se llama matrimonio legítimo; porque resulta de esta union que la muger entra á gozar el mismo rango y honores que su marido, y no puede ser repudiada sino en los casos escrupulosamente prevenidos por la ley. El segundo, es decir, el casamiento por segunda mano (kiatsie), no es mas que un concubinato legal. La muger que lo contrae toma el nombre de muger de segundo rango, al contrario de la primera que se intitula de primero. La muger de segundo está sometida á las órdenes y caprichos de la primera muger. ¡Cuán infeliz debe ser la suerte de esta clase de mugeres cuya felicidad pende de los celos de su rival y dueña, y que el amor del marido no puede proteger!

La ley china, escrita en los templos en gruesos caracteres, permite la poligamia, y sin embargo, no es tan lato este permiso como algunos quieren suponer. En China no se pueden tener dos mugeres de primer rango, pero se puede tener del segundo todas cuantas el marido pueda mantener. Como para efectuar el matrimonio de primer

rango son necesarias infinidad de ceremonias y formalidades, referiremos solamente las principales y mas necesarias.

La ceremonia del casamiento se divide en dos partes: primera, el desposorio, y segunda el casamiento.

Nadie ignora la condicion de las mugeres en China. Pasan su vida encerradas en sus habitaciones, sin presentarse á la vista de los hombres hasta despues de estar casadas: de manera que necesitan un mediador para arreglar las condiciones matrimoniales. Triste cosa es tenerse que valer de un tercero para arreglar un negocio que rara vez sale bien cuando lo hace el interesado.

Hé aquí como se compone. Cuando un jóven desea contraer matrimonio en China, despues de haber obtenido el consentimiento de su padre y de su madre, encarga á un tercero vaya á solicitar el del padre y la madre de la jóven; si no lo tiene, de su hermano mayor, y si no lo hay tampoco, de la autoridad del departamento. La intervencion de un magistrado en cualquiera clase de negocios es el espíritu de la legislación china. El emperador en China está considerado como el padre de todo el pueblo, cuyo nombre lle-

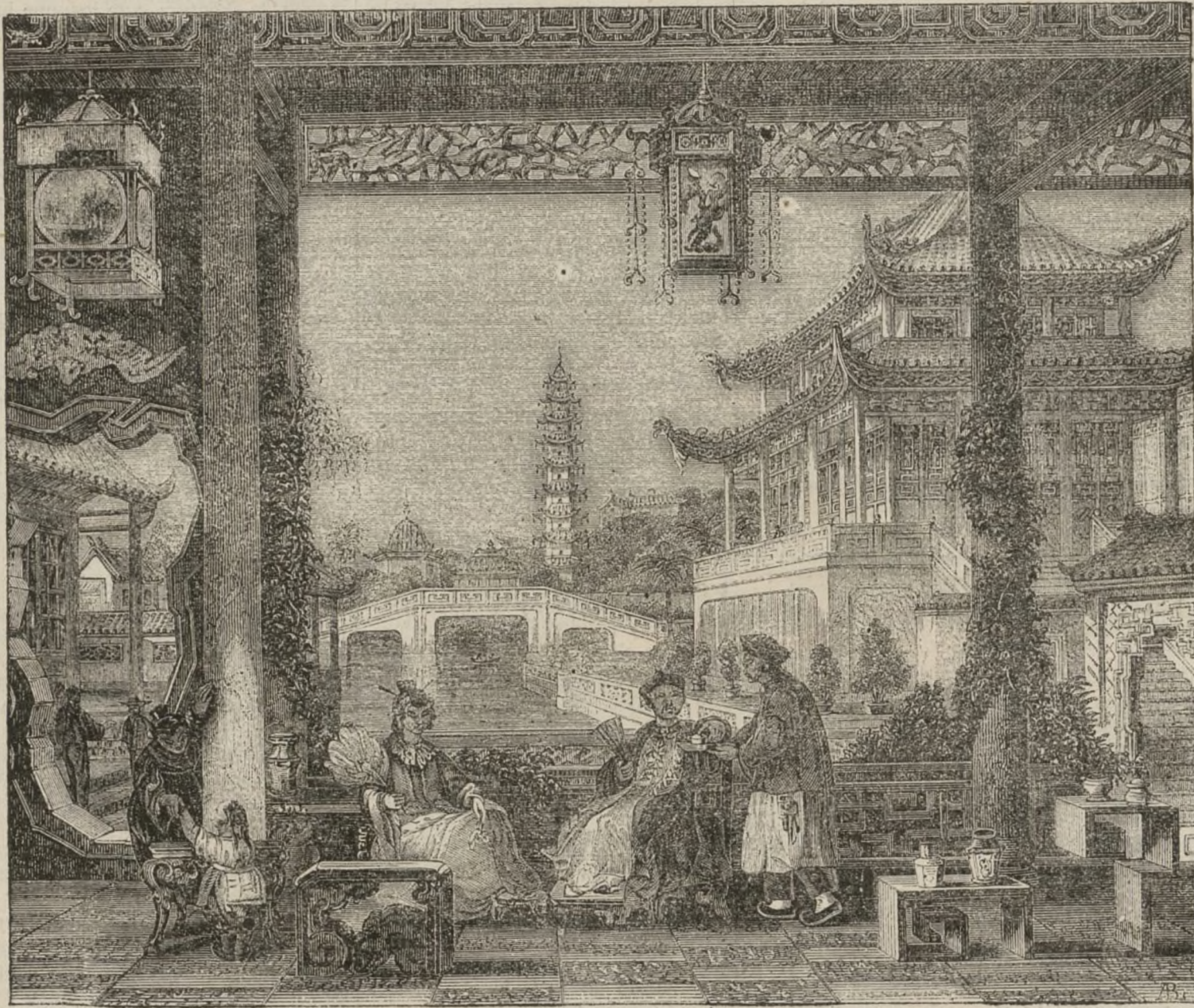
va, así es que su autoridad entra á suplir la autoridad paternal. Los gobernadores, que son sus representantes legales, ejercen en su nombre esta autoridad interviniendo siempre en los matrimonios.

Obtenido el consentimiento, los parientes de la jóven comunican al gobernador las proposiciones que el novio ha hecho, suplicándole medite seriamente si son ó no aceptables. Luego se obtiene el consentimiento de la jóven, pues á la fuerza no se la puede obligar á casarse. La jóven, despues de haber reflexionado, si acepta y da su consentimiento debe enviar un billete con ocho caracteres escritos. El novio los coge y lleva á casa del sacerdote, el cual los corta y los echa en un vaso sacándolos despues uno á uno. Si los caracteres al sacarse forman un horóscopo feliz se procede en seguida al matrimonio. Estos ocho caracteres se sacan del *Iking*, uno de los libros sagrados de la China, dos son relativos al mes, dos al dia, y dos á los minutos del nacimiento de la jóven. Es casi como nuestras fées

el dia en que se ha de celebrar el matrimonio, procurando sea uno de los llamados *felices*. Es tal la supersticion en China, que no ha habido ejemplo aun de verificarse un solo matrimonio chino en dias llamados *nefastos*. Por lo regular siempre median algunos dias entre los esponsales y el matrimonio. Llegado el dia, el novio monta en un caballo ricamente enjaezado, y va á casa de su prometida; delante lleva una silla de manos cubierta de flores y cortinas de seda; es la silla de la novia, á la cual se ha bautizado con el nombre de silla nupcial. Despues dos hileras de músicos; el novio sigue detrás acompañado de un inmenso cortejo de parientes y amigos.

Al llegar á la casa de la novia le recibe el padre y la madre; es de rigurosa etiqueta que estén esperando en el dintel de la puerta. Se apea el novio del caballo y habla con los padres, mientras que la jóven, envuelta en un tupido velo, es conducida á la silla de manos: luego que está dentro se echa la llave y se entrega al marido en señal del dominio que tiene sobre el objeto que encierra.

La comitiva se pone en marcha en el mismo orden que hemos dicho antes. La música llena los aires con su alegre melodía, y si guen así hasta llegar á casa del novio, uniéndose á la comitiva el padre, la madre y hermanos de la novia. Sucede muchas veces que el novio, no pudiendo resistir su curiosidad, abre la silla para ver si ha sido engañado. Si la muger no es de su gusto la devuelve á sus padres, pues como él no ha podido verla aun por estar espresamente pro-



hibido, y no teniendo noticias de su futura mas que por la relacion que el *tercero* que ha mediado en su casamiento haya podido darle, podria muy bien suceder que fuese engañado.

Al llegar á su casa el novio abre la silla de mano y acompaña á la novia para presentarla á sus padres, á los cuales promete la jóven amor, respeto y obediencia. Luego entran en la cámara nupcial donde se celebra la ceremonia de la copa. Uno de los parientes ofrece al novio una copa llena de vino; entonces el novio se la lleva á los labios, y levantando por primera vez el velo de su muger, la ofrece para que beba; ésta á su vez, y despues de haber bebido, se la da al marido, el cual la arroja al suelo para que se haga pedazos. Demostrando de esta manera que en adelante nadie podrá beber en la copa que los ha unido.

Un espléndido festin viene á finalizar tan singular ceremonia.

El sacerdote no abusa nunca en su carácter de adivino de las personas que le consultan, su mision no es mas que traducir simplemente los caracteres segun la suerte los haya dado. Si la traduccion que diese fuese falsa, los tribunales instituidos para esta clase de negocios lo castigarían severamente y con todo el rigor que perviene la ley.

El jóven que ha sido favorecido por un buen horóscopo, envia los regalos segun su fortuna al dia siguiente á su novia: estos regalos se llaman *Heou-Li*, es decir, regalo de esponsales. Cuando la jóven los ha aceptado está irrevocablemente casada, pues la aceptacion de estos regalos produce el mismo efecto que el *si*, pronunciado por la muger delante del vicario y notario al tomarse los dichos. Toda muger, dice el código chino, que rehuse casarse despues de haber aceptado los regalos esponsalicios, será severamente castigada y obligada á hacerlo á la fuerza.

La tarde del dia en que el jóven ha enviado los regalos esponsalicios, el padre y parientes de la jóven le convidan á un gran festin. La novia no debe asistir á él. Al final de la comida se elige

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.